

Los movimientos sociales de mujeres: nuevos actores políticos en el conflicto colombiano. Aproximación al caso de Las Madres de la Candelaria, sus estrategias políticas y de comunicación.

Alba Shirley Tamayo Arango y Néstor Julián Restrepo Echavarría*

Resumen:

Este texto se orienta hacia la comprensión del papel que juega en el escenario político de Colombia y, en específico, de la ciudad de Medellín, el movimiento social de mujeres "Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria", dentro del contexto del conflicto armado. Mediante un acercamiento a los repertorios de acción colectiva y a las estrategias comunicativas, podremos observar los procesos de legitimación social que las conducen a convertirse en sujetos activas de la política, con capacidad para generar opinión e incidir en el ámbito de lo público.

Palabras claves: madres, acción colectiva, política, estrategias de comunicación.

Abstract:

This text is geared towards understanding the played role in the political scene of Colombia and, specifically, of the city of Medellin, of the women's movement "Roads of Hope Association Mothers of Candelaria", within the context of armed conflict . Using an approach to collective action repertoires and communication strategies, we can see the social legitimation processes that leads to become political actors, with capacity to generate opinion and influence the public sphere.

Keywords: mothers, collective action, policy, communication strategies

* Alba Shirley Tamayo Arango es Ph.D. Psicología Social UAB. Docente Tiempo Completo Facultad de Comunicación Universidad de Medellín. Colombia. E-mail: astamayo@udem.edu.co
Néstor Julián Restrepo Echavarría es Magister Política Latinoamericana. Universidad de Salamanca Docente Tiempo Completo Facultad de Comunicación Universidad de Medellín. Colombia. E-mail: njrestrepo@udem.edu.co

Movimientos sociales en Colombia

Referirnos a los movimientos sociales en Colombia implica abordar un contexto económico, social y político estructurado sobre enormes y profundas desigualdades, con una débil democracia y sobre todo marcado por un conflicto armado que se prolonga en el tiempo, con la complejidad manifiesta de graves consecuencias sobre la población, los distintos sectores económicos y sociales.

Para finales de los años noventa, las expresiones de violencia se complejizan en Colombia con la entrada de nuevos actores al conflicto. Las agresiones a la población se diversifican, además de la ampliación de territorios de acción de la insurgencia, está la lucha por el poder sobre grandes extensiones por parte del paramilitarismo, el entramado de redes del narcotráfico atraviesa el tejido de la política partidista nacional, incrementando la corrupción y legitimando acciones violentas contra la población. Sumado a lo anterior, el neoliberalismo se apuntala y coadyuva al debilitamiento del Estado y a la instalación de una democracia plural e incluyente sólo desde la formalidad del papel.

La primera década del siglo XXI va a caracterizarse por el arraigo de la violencia, que se extiende y filtra hasta los últimos rincones del territorio nacional, llegando a traspasar las fronteras. Las políticas del gobierno de Álvaro Uribe Vélez, de exterminio de la guerra con guerra, dejan como resultado población civil acorralada entre las balas de los distintos ejércitos. Para añadir, la desmolvización paramilitar deriva en bandas criminales con conocimiento militar, acceso a las armas, y estrategias violentas que refinan la degradación de la guerra hasta límites extremos, es así que la atrocidad toma como blanco a la población rural y urbana más vulnerable.

En contraste al oscuro horizonte que genera el conflicto interno, y con las respuestas fallidas o muchas veces en contra de la gente de una estructura gubernamental donde la democracia se ubica dentro de la utopía, la población se encarga de llevar a la práctica, mediante la acción colectiva, el ejercicio de “democratizar la democracia” colombiana (Archila, 2010:120).

Los movimientos sociales en Colombia evidencian la necesidad y el compromiso de la ciudadanía en la solución del conflicto armado, pues la violencia es el motor de gran número de movilizaciones y protestas. Cada vez nuevos sectores de la población emergen como actores activos y construyen lo público mediante su participación en los debates nacionales, generando nuevas formas de entender la política, introduciendo dimensiones del mundo privado, expresando demandas culturales y simbólicas. La diversificación de los actores sociales y de su presencia en la política fue impulsada en Colombia por la constitución de 1991. De ahí en

adelante, el espectro de participación se abre a la inclusión de nuevas manifestaciones colectivas.

Entonces, cada vez se va tomando mayor conciencia de que en Colombia la democracia es preciso construirla desde la base. En concordancia, hay grandes movilizaciones con amplio reconocimiento por parte de los sectores de decisión política y por los medios de comunicación, encargados de visibilizar la existencia de las demandas. Pero también, hay movimientos pequeños en número y capaces de mover fuertes simbologías. Un ejemplo es el movimiento de población marginal y marginada como la desplazada, que exige dignidad para su vida, regreso a sus parcelas de forma segura, respeto a sus derechos. Sus acciones sociales evidencian la valentía de quienes luchan por la no confrontación en medio del conflicto.

La Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria (en adelante Madres de la Candelaria) es uno de estos movimientos sociales que actualiza el sentido de lo democrático y expande la significación de lo público y de la política mediante la fuerza de la simbología expresada en las acciones sociales colectivas, llevadas a cabo por mujeres, madres, campesinas, desplazadas en su mayoría, que buscan la verdad sobre sus hijos y familiares desaparecidos, por los actores armados que hacen parte del conflicto.

El Movimiento de Madres de la Candelaria: contexto sociopolítico

El tema de los desaparecidos en Colombia hace parte de la agenda política actual, pero es sólo a partir de 2007 que el gobierno comenzó a darle visibilidad oficial al fenómeno. La voluntad de establecer estadísticas lo más ajustadas posible a la realidad se evidenció con el proceso de registro de desapariciones. Este rigor hizo que los datos se incrementaran día a día, pero las cifras siguen sin correspondencia precisa con los hechos, pues los subregistros son comunes por la carencia de denuncia derivada del miedo instaurado mediante las retaliaciones y las amenazas. A pesar de la precariedad de las cifras encontramos que al “31 de marzo del 2013, el RUV (Registro Único de Víctimas) reportó 25.007 desaparecidos, 1.754 víctimas de violencia sexual, 6.421 niños, niñas y adolescentes reclutados por grupos armados y 4.744.046 personas desplazadas.”(GMH, 2013: 33).

Este interés por un tema que saca a la luz la violación de Derechos Humanos en el país surge, en buena medida, por la visibilización que a lo largo de la última década han hecho los movimientos sociales emergidos desde la población, entre ellos los más destacados los movimientos de víctimas constituidos por familiares de las personas desaparecidas. A finales de los años 90, frente al Banco de la República, de la ciudad de Medellín, y al caer la tarde,

comenzaron las manifestaciones de las madres y familiares de los soldados secuestrados y algunos de ellos desaparecidos. Pero, esta labor de visibilización ha sido difícil, ya que “La habilidad del gobierno en proyectar una imagen de éxito también ha contribuido para que las desapariciones, junto con otros abusos de derechos humanos, sean menos visibles. El hecho de que el conflicto siga activo dificulta prestarle atención a un crimen donde las pruebas son invisibles por definición” (Haugaard y Nicholls, 2010:3). Por otra parte, es necesario recordar que las estrategias de terror por parte de los victimarios, siguen constituyéndose en uno de los pilares para conseguir el ocultamiento de los hechos atroces.

Frente a la inexistencia política de un fenómeno con profundas repercusiones sociales, que conlleva desplazamiento forzado (cuando no destierro), persecución, viudez, orfandad y pobreza, las mujeres: madres, esposas, hijas, hermanas de los desaparecidos, un día se empoderaron¹, decidieron salir de la soledad en la que vivían su largo duelo dentro del mundo privado, para enfrentar juntas el dolor de la ausencia sin fin y darlo a conocer a la sociedad. Fue así como el 19 de marzo de 1999, lideradas por Teresita Gaviria Urrego —víctima de la acción paramilitar a causa de la desaparición de su hijo menor—, un grupo de 14 mujeres dio a conocer, con las fotos de sus dolientes en el pecho, y situadas en el atrio de la emblemática iglesia de la Candelaria, los hechos ominosos que involucraban la desaparición o el secuestro de algún ser querido, y la necesidad radical de saber la verdad, obtener justicia, al igual que dar a conocer la dureza de vivir en medio de la incertidumbre.

Este es el primer acto público en el que este grupo de mujeres se desmarca de los familiares de sujetos vinculados al conflicto armado como actores combatientes, policías y militares secuestrados o desaparecidos, congregados en la Asociación Colombiana de Familiares de Miembros de la Fuerza Pública Retenidos y Liberados por Grupos Guerrilleros (Asfamipaz). Las Madres de la Candelaria decidieron visibilizar aquellas personas que sin pertenecer a ningún grupo armado habían sido involucrados en el conflicto. Entonces, las mujeres congregadas frente a la Iglesia comunicaban al país que habían derivado en la categoría de víctimas a partir de acciones atroces sobre sus seres queridos.

La relación entre conflicto armado y organización de la sociedad para la movilización es evidente entre las Madres de la Candelaria, que congrega mujeres y familiares procedentes de las principales zonas de conflicto de la región. Es de destacar que los primeros años del presente siglo aumentó la población desplazada hacia la ciudad de Medellín, víctima de las violencias dentro del departamento de Antioquia. A finales del siglo pasado la situación era especialmente

dramática en zonas de recrudescimiento del conflicto como Urabá, nordeste antioqueño, y se presentaba la expansión paramilitar en otras, como el oriente y el norte. (Corporación Nuevo Arcoiris, 2010:sp).

Potenciando la conciencia colectiva

Las Madres de la Candelaria sacan a la luz la transformación de las víctimas a raíz de su agrupación en pos de objetivos e intereses comunes; esta transformación opera sobre los sentimientos de impotencia, haciendo que la pasividad se convierta en actividad, produciendo nuevas identidades individuales y colectivas de las mujeres. Este movimiento social evidencia que la comunicación posibilita la transformación de la perspectiva individual del problema de violencia y victimización en una perspectiva colectiva, mediante la configuración de un yo en un nosotros, desde lo que Paul Ricoer (1996) denomina el “Sí mismo como otro”. Es así como encontramos que situaciones límite, como los hechos atroces, a los que se asocia la desaparición forzada, la destrucción de comunidades, el desplazamiento, y la desterritorialización material y simbólica, son resignificados en el movimiento social. Aunque la experiencia violenta particular tiende a pensarse desvinculada de los demás, es el encuentro y el diálogo lo que construye el nosotros basado en un sentir igual, movilizador y dador de fuerzas para hacer público lo que se creía privado, pues “los movimientos sociales, además de agentes políticos son espacios de producción social de realidad, que construyen saberes, propuestas y prácticas alternativas alentadoras de la creatividad social y la innovación política, lo cual les cualifica como sujetos colectivos referenciales para construir salidas emancipadoras a diferentes aspectos de las crisis que viven nuestras sociedades.”(Martínez y Casado, 2013: 12)

La movilización colectiva entre las Madres de Candelaria es impulsada por la construcción colectiva de un marco interpretativo que categoriza los hechos problemáticos, experimentados desde los sujetos, como injustos. A estos marcos de interpretación del hecho objetivo desde el componente de injusticia, a partir de un juicio intelectual pero también del componente emotivo-afectivo de abandono, ira, deseo de compensación y reconocimiento de la inequidad, se le denomina «marco de injusticia». De ahí que los Marcos de Injusticia desempeñen “un papel clave para motivar la participación de los potenciales seguidores de una organización o movimiento en defensa de lo que consideran un derecho.” (Delgado, 2009:59).

Entonces, partiendo del planteamiento de los Marcos de Injusticia, la vulneración de derechos fundamentales como el derecho a la vida, a la familia, a la educación, entre otros, por si

mismos no constituyen determinantes para la movilización de la ciudadanía. Es imprescindible un cambio cognitivo y resignificación de los hechos ominosos como injustos y un reconocimiento de los sujetos sociales como capaces de protesta, ante quien se señala, se construye y se constituye responsable de tales hechos y/o de su reparación.

Con base en lo anterior, nos situamos en la perspectiva teórica de los procesos enmarcadores para abordar los movimientos sociales, pues nos permiten enfatizar en la construcción de significados compartidos mediante los cuales los miembros del movimiento social interpretan el mundo, valoran su situación y la realidad social donde se producen los hechos problematizados. La toma de posiciones pasa de lo individual a lo colectivo, generando decisiones con base crítica. Estos procesos enmarcadores fortalecen el vínculo de los miembros con la organización, al igual que legitiman las acciones y campañas debido a la construcción de referentes que permiten comprender e identificar las situaciones sociales como problemáticas, cuestión crucial para la potenciar la movilización (Delgado, 2009:29).

En este orden de ideas, comprender la complejidad de un movimiento social como la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria, implica situarnos en la perspectiva constructivista por la cual los significados son constructos colectivos derivados de los discursos sociales. Esto es, la comunicación estructura el sentido de un mundo compartido. La orientación investigativa correspondiente ubica y comprende los elementos que entran en juego para valorar e interpretar los sufrimientos compartidos, como generadores de referentes de identidad colectiva y de nuevas subjetividades en relación a la victimización.

En este orden, el trabajo colectivo erosiona la persistente individuación de las experiencias violentas, divulgada a través de los medios masivos de comunicación. La mirada colectiva hace que los hechos ominosos sean leídos bajo el lente de lo social. El proceso, sin embargo, no es fácil: las campesinas llegan a la Asociación después de un largo trasegar. Su desplazamiento forzado muchas veces es múltiple, convirtiéndose en evidencia de una desterritorialización que parece instaurar el largo duelo y la búsqueda de los seres queridos como ejercicio solitario que proporciona un único lugar en la sociedad, el de víctima. La acción de violencia continua y vivida en diferentes escenarios y versiones, va conduciendo por un sendero cada vez más cerrado, parapetado en la sobrevivencia, cuando no en la pobreza extrema y la miseria en las grandes ciudades, como Medellín.

La construcción de una identidad colectiva es fundamental para lograr la cohesión de grupo y la movilización. En las Madres de la Candelaria la construcción de esa identidad gira en

torno a la desaparición forzada como agravio, como hecho problemático que debe ser resuelto de manera colectiva por las mujeres víctimas de agresiones, con efectos que modifican su vida de manera profunda. El giro cognitivo que va del hecho en sí a su percepción como hecho injusto, a raíz del cual se establece el derecho a reclamar justicia, potencia la motivación, la participación activa y la movilización de las mujeres en su calidad de madres, esposas, hermanas, hijas, abuelas, cuñadas, o suegras.

Es la comunicación entre mujeres la que posibilita la construcción de referentes colectivos que enlazan las experiencias individuales con sentires grupales. Y hablamos de una comunicación directa y personal, dialógica, que permite a las campesinas, a las mujeres amas de casa, a las jóvenes que apenas pasaron por la escuela, algunas de ellas sin conocimiento de las herramientas de la escritura o con una relación lejana con ella, insertarse en una dinámica de transformación personal conducente a la politización de la vida cotidiana, y a una mirada crítica sobre lo vivido.

Repertorios de acción colectiva

La apuesta por la visibilidad pública del dolor de madre por el hijo o hija desaparecida, convirtiéndolo en hecho que debe tocar el corazón colectivo mediante la puesta en escena de la protesta semanal frente al atrio de la iglesia de la Candelaria, es un repertorio de acción colectiva de las Madres de la Candelaria inspirado en las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina. Teresita Gaviria Urrego, líder del movimiento, cuenta sobre estos primeros pasos, las razones de su nominación y la misión trazada:

“Le pusimos ese nombre porque, primero: no nos dejaban ubicar en ninguna parte, de todas partes nos echaban porque nos confundían y decían que éramos un objetivo militar y en la única parte que nos recibieron sin humillaciones fue en la iglesia Nuestra Señora de la Candelaria, por eso lleva su nombre; caminos de esperanza es porque nosotros todos los días estamos en un caminar, en un largo trasegar, buscando los desaparecidos, buscando la verdad y hoy seguimos buscando la reconciliación. La esperanza es porque nunca hemos perdido la esperanza de encontrar todos los desaparecidos en el país, porque nosotras cuando hacemos las pasantías en otros departamentos nos damos cuenta que a las mujeres no les permiten hablar ni contar sus historias, ni sus experiencias, entonces nosotras hemos logrado llegar donde ellas para que por lo menos aprendan a contar sus propias historias, porque no tendría sentido que nosotras fuéramos representantes de una organización tan importante como es Madres de la Candelaria si no

escuchamos a las demás mujeres”. (Gaviria, Entrevista, 2012)

En la actualidad, la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria ha cumplido catorce años de lucha continua. A lo largo de este tiempo el movimiento ha crecido de manera ostensible en número, a finales de 2013 contaba con casi 900 familiares de personas desaparecidas o secuestradas adheridas al movimiento, procedentes de diversas zonas de conflicto dentro del territorio nacional, pero sobre todo de las principales zonas de Antioquia, donde la presencia de actores armados ha consumado masacres, desplazamiento forzado y muertes selectivas, como el oriente antioqueño, las regiones de Urabá, Bajo Cauca, nordeste y suroeste. La adherencia a la Asociación se produce en buena parte a causa del Plantón de los viernes en el atrio, lo que ha generado reconocimiento local, regional y nacional, tanto social como institucional, hasta ganarse en el año 2006 el Premio Nacional de Paz.

El movimiento social Madres de la Candelaria ha expandido las concepciones del ejercicio de la ciudadanía entre las mujeres, a raíz de su accionar colectivo, orientando sus propuestas hacia la exigencia de responsabilidades públicas, que ahondan en la democracia plural, participativa, incluyente y horizontal, esto es, la democracia en el sentido más radical del término. Esto muestra que la “ciudadanía se aprehende, no es una etiqueta que se recibe al nacer y que opera automáticamente - no porque exista un estatus normativo de ciudadano, se es ciudadano. En este sentido se requiere desaprender este concepto institucionalizado de lo que es ser ciudadano, y que también hemos inter-nalizado, para co-crear un nuevo ciudadano. Ello implica co-construirse, es decir, co-construcción de sí mismo, es primero reconocerse como ser humano en convivencia, en relación con un entorno colectivo, comunitario.” (Mejías, Henríquez, 2012:9).

Emerge entonces entre las mujeres del movimiento la capacidad de agencia, es decir, la conciencia del poder como grupo, de su capacidad de transformar realidades, de su potencial como ciudadanas en ejercicio dentro de una sociedad en la que han abierto y ganado espacios con sus luchas, lo que se traduce en voz ciudadana reconocida dentro del espectro de relaciones de poder institucionalizado y los representantes con capacidad de decisión. Esta capacidad de agencia hacia el interior y hacia el exterior es visible desde las instituciones con las que las Madres de la Candelaria interlocutan y se vinculan de manera continua, como la Unidad Municipal de Atención y Reparación a Víctimas, adscrita a la Secretaría de Gobierno y Derechos Humanos de la Alcaldía de Medellín. Su directora, Luz Patria Correa, expresa así sus percepciones respecto a las formas de organizarse de las mujeres que integran la Asociación:

“A mí lo que me sorprende es que uno las ve y son señoras amas de casa, todas. Me parece la manera como se han sobrepuesto, como se apoyan entre ellas, como se hablan entre ellas, dándose pues como la moral [...] Así son en general las organizaciones de mujeres que hay aquí, es decir, digamos que tienen agendas políticas de incidencia distintas a las de los hombres, son muy prácticas, muy del actuar, de mejorar en verdad la vida de las personas integrantes de esa organización. Sí, pues las organizaciones de los hombres son muy maximalistas, eh... de representación y de posición de... no son tan dialogantes.” (Correa, Entrevista, 2013).

Si bien las Madres de la Candelaria, se caracterizan a sí mismas como víctimas, es preciso hacer notar que el uso del término no se vincula con una actitud de pasividad. Por el contrario, las mujeres que integran el movimiento muestran una actitud de vida llena de fortalezas en medio del dolor, de capacidades para sacar adelante nuevos proyectos, para modificar la propia existencia a partir de la solidaridad que congrega en la búsqueda de justicia para sí mismas y para sus compañeras. Entonces, queda claro que la utilización del término víctima se hace de manera estratégica, institucional, cuestión que tampoco se oculta o se niega en el movimiento.

La visibilización de las víctimas en Colombia es un trabajo por hacer. De ahí que la lucha de las Madres de la Candelaria insista en esta misión como fundamental de su movimiento social. Pues en la medida en que las instituciones del Estado tengan conciencia de los efectos devastadores del conflicto armado en la población, en especial entre las mujeres: campesinas, jóvenes, madres, abuelas, podrán establecer políticas públicas que observen la reparación desde el punto de vista de la integralidad, permitiendo construir proyectos de vida desde la dignidad personal. Por eso su trabajo se define en torno a las víctimas:

“¿Qué es el trabajo que realmente hacemos nosotras? Lo que está ahí, acompañamiento a las víctimas, orientación a las víctimas, visibilización de las víctimas, este...brindarle atención psicosocial a las víctimas. La entrega de restos, la preparación el día anterior para la entrega de restos, para saber la verdad, para estar en la Fiscalía, porque las víctimas no querían saber de Fiscalía, porque acuerdesen ustedes que uno iba a poner la...la denuncia, y cuando uno veía atrás de la mesa, encontraba al secretario, al escribi... al escribidor, como decían ellas, estaba el escribidor allá, a un ladito, el tipo que nos había matado los hijos, y estaba riéndose, entonces ahí, ya...”(Gaviria, Entrevista, 2012)

La importancia de reconocer la victimización se relaciona entonces con el restablecimiento de la justicia, conducente a saber la verdad sobre lo ocurrido con los familiares, a recibir asistencia jurídica y asistencia psicológica, a obtener apoyo del gobierno para

reconducir la propia vida desde los derechos ciudadanos.

Aunque, las asociaciones de familias de víctimas de desaparición forzada en Colombia, “pueden ayudar donde otras instituciones no lo hacen (v.g. antes del registro legal de la desaparición, después de la última disposición de los restos mortales). Las víctimas también tienen una tendencia a confiar más en otras víctimas que en instituciones del estado/profesionales que proporcionan ayuda. Sin embargo, dado el número de casos de desaparición forzada, las asociaciones de familiares no tienen actualmente los recursos, la representación regional, o el nivel de coordinación para cubrir totalmente la prestación de ayuda psicosocial y el apoyo legal en todo el territorio del país.” (ICMP, 2008:42) En este orden de ideas, la Asociación de Madres de la Candelaria cubre buena parte del territorio Antioqueño, representado en el enorme número de personas desplazadas de todas las zonas de conflicto, instaladas en la ciudad de Medellín y sus alrededores, que llegan a la Asociación pidiendo orientación y auxilio.

En este ejercicio de clasificar recursos y manejar las rutas por las que transitan las personas desplazadas que llegan a tocar su puerta, las mujeres del movimiento toman conciencia del conocimiento de sus derechos como víctimas y los difunden entre otras mujeres que han sufrido la desaparición de sus hijos e hijas. La información y el conocimiento de los derechos amplía los márgenes de exigibilidad de justicia ante el Estado, puesto que “Los derechos de las víctimas de desapariciones forzadas de participar plenamente en la búsqueda del lugar donde se encuentran sus seres queridos y en la búsqueda de justicia están reconocidos en lo abstracto en Colombia, pero en la realidad no se cumplen. Esto es así tanto en el proceso de justicia transicional enmarcado en Justicia y Paz como con las instituciones judiciales convencionales. Los familiares de los desaparecidos (a diferencia de los propios desaparecidos) no siempre son vistos como víctimas, y de hecho, la Ley 589 no los reconoce como víctimas. A menudo, las víctimas no conocen lo suficiente el proceso legal para poder ejercer debidamente sus derechos, y a menudo también, las autoridades de gobierno desconocen sus obligaciones de incluir a las víctimas en lo que ellos ven como trámites técnicos.” (Haugaard y Nicholls, 2010:15).

Ejerciendo una maternidad politizada

Uno de los elementos que posibilita la reterritorialización y la estabilización de las mujeres campesinas que viven procesos de desplazamiento y elaboran traumas por cuenta de hechos atroces, es la figura de la madre. El desplazamiento conduce a desestabilizaciones en la

identidad (Escobar y Osterweil, 2009:31), el desaparecido incide sobre la identidad de la madre que ya no tiene hijo presente, esta desestabilización encuentra de nuevo un ensamblaje en la identidad colectiva a través de acciones fundadas sobre el rol de madres. Ellas se restablecen como madres activas, capaces de buscar y de demandar por sus hijos e hijas, pues la identidad de madre se fortalece en el plural, en la ubicación espacial dentro de un lugar de la ciudad y en el reconocimiento social de su hacer.

Esta nueva maternidad se reconfigura a razón de su politización. No se trata pues de una maternidad vivida en el mundo privado, del cual se deriva la suposición de la responsabilidad materna del bienestar de los hijos e hijas. En su lugar, la maternidad se torna social, entra a formar parte de las políticas públicas de bienestar general, de responsabilidad de toda la ciudadanía y del Estado, como ente regulador de la política. Como consecuencia, la familia no es entonces campo exclusivo ni natural de las mujeres, sino más bien lugar de responsabilidad de la sociedad toda.

La irrupción en el espacio público de las madres evidencia la disputa por el poder sobre los significados: las mujeres cuestionan los términos y el valor que los actores armados y el Estado otorgan a la maternidad.² Ellas lucha por autorrepresentarse, refundarse mediante la toma del espacio público, eligiendo un punto clave en el centro de la ciudad, para orientar hacia la lucha política los símbolos de la tradición³. Entonces, la condición de lo maternal se transforma, convirtiéndose en madre doble: hacia el interior (del hogar) y hacia el exterior (en la ciudad), es decir, madre con sentido y conciencia política a partir de su rol. “Y esa práctica de traslado y transformación reorganiza la estructura social y cultural [...] Politizar implica demandar justicia y encauzar una acción ética. Esta situación demuestra el carácter cambiante e histórico de la noción de maternidad” (Echeverri y Cortés, 2009: 167).

Así las cosas, las Madres de la Candelaria se constituyen en Madres colectivas que velan porque se descubra la verdad sobre todos los desaparecidos. Por eso, una de las consignas es que la lucha de las Madres será hasta aparezca el último secuestrado y el último desaparecido en Colombia, pues su labor se extiende más allá de los intereses particulares.⁴ Esta consigna ha trascendido los límites del territorio nacional, generando el reconocimiento internacional del movimiento por su compromiso con la paz y la reconciliación.

La perspectiva maternalista del movimiento también se politiza hacia dentro, las integrantes reciben atención y ayuda en los distintos frentes que requieran para recomponer su vida. Esto implica la generación de rutas para conseguir recursos institucionales, pero también la

movilización de propios recursos para proporcionar acompañamiento en los procesos de duelo, prestando el apoyo y afecto mediante la escucha, la contención y la comprensión de los altibajos en los momentos de dificultad material, psicológica o física.

Puede constatarse que las mujeres manipulan conscientemente los modelos y roles de género para dar significado a su activismo político. De igual forma, las mujeres se nutren de la manera como se ha teorizado y analizado sobre estos movimientos sociales para darle forma y sentido a su activismo político. Esto hace que las acciones colectivas congreguen, en un elemento tan socialmente arraigado como la madre, a diferentes clases sociales, heterogeneidad de religiones y de procedencias, así como a víctimas de muy diversos hechos y circunstancias, como ocurre con las integrantes de la organización.

No obstante, respecto a las Madres de la Candelaria no podemos hablar de un movimiento social marcado por el carácter feminista de sus prácticas y sus discursos. Pero es claro que las mujeres campesinas encuentran en el movimiento a otras mujeres que las impulsan para moverse por sí solas entre los vericuetos del mundo de la tramitología legal para ser reconocidas como víctimas, y entrar a formar parte de las beneficiarias de la Ley de Justicia y Paz, además del apoyo que reciben en la búsqueda de los hijos e hijas, que conduce al empoderamiento como ciudadanas. Conscientes que su arma es la denuncia pública de los hechos ominosos, han conseguido el reconocimiento de los medios de comunicación⁵. Aunque no usan el término técnico Relaciones Públicas, saben bien que tienen que hablar con todos los grupos: las empresas, el Estado, las organizaciones armadas al margen de la ley, las ONG y personas influyentes para conseguir los objetivos trazados. Las Madres de la Candelaria Generan opinión pública mediante manifestaciones cargadas de simbolismo, como vía para que el tema de las víctimas se instale y se sostenga en la agenda pública.

Entonces, aunque su discurso no esté regido por la ideología feminista, ni por la perspectiva de género de una manera calculada, consciente y racional, es obligado reconocer una alta capacidad reflexiva, individual y colectiva, sobre su situación como mujeres en un mundo en conflicto. Para ello hay que tomar en cuenta que un alto número de integrantes de la Asociación son mujeres campesinas, sin estudios reglados o bien con la primaria incompleta, desplazadas forzadas y que habían estado dedicadas a lo largo de su vida al cuidado de los hijos e hijas, a la atención del hogar y a los cultivos de pancoger.

En razón de lo anterior, podemos hablar de un feminismo práctico, espontáneo, surgido de las condiciones materiales que imponen cambios sustanciales en las trayectorias vitales de las

mujeres, pues es de suyo que “En la mayoría de los casos, las alteraciones en los roles de género que conlleva un conflicto armado implican para las mujeres una sobrecarga de trabajo ya que, a su papel como cuidadoras, se añade la lucha por la supervivencia y el mantenimiento de la unidad familiar y la asunción de determinadas tareas y responsabilidades tradicionalmente asignadas a los hombres, además de su implicación en actividades políticas y de apoyo a la comunidad o colectividad.” (Acsur, 2010:31).

Mujeres incidiendo en las políticas públicas

En la actualidad el movimiento es parte fundamental para la ejecución de las políticas públicas de Derechos Humanos en el municipio de Medellín y el departamento de Antioquia. Las Madres de la Candelaria han apoyado a instituciones públicas como la Fiscalía General de la Nación, la cual dentro de sus áreas tienen la Unidad de Justicia y paz y la Unidad integral de N.N de desaparecidos; mantienen relación directa con la Alcaldía, a través de la Unidad de Atención y Reparación a Víctimas, adscrita a la Secretaría de Gobierno y Derechos Humanos; también se vinculan con la Personería y la Policía,⁶ entre otros actores institucionales.

Gracias a la búsqueda incansable de los desaparecidos y a la relación directa con las víctimas, las Madres poseen información fidedigna que ha posibilitado a la Fiscalía la localización de fosas comunes y la posterior exhumación de los cuerpos. El trabajo del movimiento ha logrado incidir en la agenda pública, mediante la participación activa en espacios de construcción de políticas de paz, como es el caso de los diálogos con los paramilitares a través del programa Aulas de Paz, donde el movimiento, en cabeza de su líder Teresita Gaviria Urrego, ha participado en audiencias privadas con los jefes paramilitares en las cárceles.

Por otra parte, el movimiento social Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria ha facilitado el cumplimiento de la política pública de atención y reparación a víctimas,⁷ ya que el vínculo directo con ellas posibilita saber con certeza cuáles y cuántas son, pues se pueden cotejar las cifras con la realidad, además permite entender las necesidades de las víctimas, acompañar a las familias en sus procesos, generando una atención ordenada en cuanto a las indemnizaciones económicas que está ofreciendo el Estado en el marco de la Ley de Justicia y Paz, cuestión que el gobierno local reconoce como oportunidad para visibilizar una labor cumplida.

En suma, el movimiento social de Madres de la Candelaria genera nuevas formas de comprender y de participar en política por parte de las víctimas, muy al margen de los

partidismos y desde una visión amplia. Sus acciones colectivas las vinculan con procesos en pos de la paz, como la desmovilización de los paramilitares, donde se dieron a conocer como defensoras de Derechos Humanos y se convirtieron en referente en el plano nacional.⁸ Estas mujeres han logrado visibilizar no solo la desaparición forzada, también han conseguido visibilizar la realidad de más de 600 niños huérfanos por la guerra, así como la pobreza y el desempleo de muchas mujeres cabeza de familia desplazadas hacia la ciudad, todo esto, unido a la legitimación de su accionar, que las ha conducido a ganarse el respeto de las instituciones y de líderes entre grupos armados como guerrilla y paramilitares.

1 Empoderarse: tomamos el término desde el significado propuesto por Magdalena León, en el que destaca la acción, que implica que el sujeto –“se convierte en agente activo como resultado de un accionar que varía de acuerdo con cada situación concreta” León, M. (2008): Empoderamiento: Relaciones de las Mujeres con el Poder. Revista Estudios Feministas. Vol. 8 N° 2. <https://journal.ufsc.br/index.php/ref/article/view/11935/11201>. Pág 3. Consultado 12-08-2013

2 Una maternidad que se vincula con la naturaleza femenina, la educación y la reproducción de la cultura, bajo un halo de mitificación de lo maternal. Es decir, se convierte en esencia, vinculada al mundo de lo privado y al ser mujer, como único lugar posible de reconocimiento social.

3 “En el caso colombiano lo «personal se convierte en político» cuando las mujeres reclaman sus derechos a través de los canales democráticos o por una acción política disruptiva. Con su activismo político resignifican la experiencia femenina y reelaboran la maternidad, por ello en su consigna más representativa plantean que no van a parir ni a forjar más hijos e hijas para la guerra...” Ibarra, M.E. (2009) Mujeres y Cultura de Paz en Colombia. En: Bondia, D y Muñoz, R (Coords.) *Víctimas Invisibles Conflicto Armado y Resistencia civil en Colombia*. Barcelona, Ed. Huygens. Pág. 307

4 Al igual que las Madres de la Plaza de Mayo, el compromiso de lucha se extiende a frentes más amplios que los intereses de las integrantes del movimiento. En América Latina esto es significativo, pues “la organización de madres puede dar lugar a un crecimiento de la conciencia de género en sus integrantes hasta el punto en que la maternidad misma es redefinida como actividad colectiva, como una actividad concebida no sólo como acto de amor sino también como trabajo, como liderazgo de actividades para la sobrevivencia, rompiendo el altruismo que supone el olvido del self en función del cuidado del otro” (Schmukler, citada por Zarco 2012:244)

5 Es un hecho que los medios de difusión masiva conforman representaciones, imágenes y discursos sobre los movimientos sociales, incluso para los mismos activistas. Saber que las actividades de protesta pueden ser retransmitidas, genera una disposición de la acción colectiva que refuerza la visión dramaturgica. “El componente teatral constituye un procedimiento fundamental para la difusión de los nuevos significados de los que son portadores los movimientos.” (Gusfield, 1994: 112). Desde el momento en que los activistas son conscientes de la presencia de cámaras de televisión, su aparición pública es concebida como una representación en beneficio de terceras partes.

6 Esta relación responde a un esfuerzo de la líder del movimiento, Teresita Gaviria Urrego, por conseguir el apoyo de los altos cargos en los procesos de búsqueda de la verdad y esclarecimiento de los hechos dolosos, a pesar de que en ellos a veces resulten implicados algunos miembros de la Policía.

7 Ley 1448 de 2011, “por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones”

<http://www.leydevictimas.gov.co/documents/10179/19132/completo.pdf>. Consultado 8/01/2013

8 “En nuestros deseos políticos esperamos un gran robustecimiento de nuestra imagen, que nos fortalezca para plantear y exigir políticas en el tema de víctimas. Lo mismo que soñamos con acceso permanente a un medio de comunicación donde nuestra voz de madres sea escuchada. Deseamos encontrarnos con nuestros victimarios para hablar y conocer la verdad. Y luego emprender con ellos el camino del perdón, de los acuerdos. Nuestro mayor anhelo: sanarnos y sanar la memoria herida de este país.” (Gaviria, Entrevista, 2013).

Bibliografía

Acsur las Segovias y Hegoa. (2010): Reivindicaciones Feministas para una Ciudadanía Transformadora. En: <http://www.nodo50.org/csca/agenda11/misc/pdf/castReivindicaciones.pdf> Consultado 18-02-2013.

Archila Neira, M. (2010): “Protestas, movimientos sociales y democracia en Colombia (1975-2007).” Pp. 119-145. En López, M. et.al.: *Temas y procesos recientes de la Historia de América Latina*. Editorial Arcis, Universidad de Arte y Ciencias Sociales Clacso. Santiago de Chile. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/coedicion/histreciente.pdf>. Consultado 01-02-2012

Corporación Nuevo Arcoiris (2010). “Monografía Político Electoral Departamento de

Antioquia 1997-2007". En: http://moe.org.co/home/doc/moe_mre/CD/PDF/antioquia.pdf
Consultado 15-05-2012

Delgado Salazar, R. (2009): *Acción Colectiva y Sujetos Sociales: Análisis de los marcos de justificación ético-políticos de las organizaciones sociales de mujeres, jóvenes y trabajadores*. 1°ed. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Echeverri, C. y Cortés, E. (2009): «Porque vivos se los llevaron. Vivos los Queremos»: Memoria y maternidad en las Madres de la Candelaria de Medellín, 1999-2008». En: <http://www.estudioshistoricos.cl/wp-content/uploads/2009/10/echeverri.pdf> Consultado: 12-07-2012

Escobar, A. y Osterweil, M. (2009): Movimientos Sociales y la Política de lo Virtual. Estrategias Deleuzianas. Revista *Tabula Rasa* N°10, Pp. 123-161. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39612022005> Consultado 06-03-2013.

Grupo Memoria Histórica GMH (2013). ¡Basta Ya! Colombia Memorias de Guerra y Dignidad. Bogotá, Centro de Memoria Histórica. En: http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/capitulos/basta-ya-cap1_30-109.pdf Consultado: 18-11-2013

Gusfield, J. y Laraña, E. (Eds.)(1994): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS

Haugaard, L. y Nicholls, K. (2010): *Rompiendo el Silencio. En búsqueda de los Desaparecidos en Colombia*. Washington D.C., Grupo de Trabajo sobre Asuntos Latinoamericanos, Oficina de los Estados Unidos sobre Colombia.

ICMP (Comisión Internacional sobre Personas Desaparecidas)(2008): Informe ICMP. Respuesta de Colombia a las Desapariciones Forzadas. Panorama General y Recomendaciones. Sarajevo. <http://www.ic-mp.org/wp-content/uploads/2008/10/icmp-cos-110-3-add1-spa-doc1.pdf>. Consultado 08-09-2012

Martínez, Z. y Casado, B. (2013): *Acerca de Opresiones, luchas y resistencias: movimientos sociales y procesos emancipadores*. Cuadernos de Trabajo/Lan-koadernoak Hegoa no 60. Bilbao, Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional. Pág. 12 <http://publicaciones.hegoa.ehu.es/publications/303>. Consultado 18-11-2013

Mejías, C. y Henríquez, P. (2012). La Ciudadanía como co-construcción de espacios en lo público. Revista Sociologías, Porto Alegre, año 14, N° 31, set./dez. 2012, p. 192-213. En: <http://seer.ufrgs.br/sociologias/article/viewFile/34917/22565>.

Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Zarco, A. (2012). Maternalismo, identidad colectiva y participación política: las Madres de Plaza de Mayo. En: Revista Punto Género No1. Abril de 2011 ISSN 0719-0417. Pp. 229 – 247. <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RPG/article/view/16883/17586>.

Entrevistas

Gaviria, Teresita, [entrevista] 28 de agosto 2012, líder del movimiento social: Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria. Por: Alba Shirley Tamayo Arango.

Medellín, Antioquia.

Gaviria, Teresita, [entrevista] 22 de Enero 2013, líder del movimiento social: Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria. Por: Alba Shirley Tamayo Arango. Medellín, Antioquia.

Correa, Luz Patricia, [entrevista] (2013), directora de la Unidad de Atención y Reparación a Víctimas del municipio de Medellín. Por: Alba Shirley Tamayo Arango. Medellín, Antioquia.